

El poder y la gloria

JUAN-MANUEL GARCÍA RAMOS

Un buen amigo me ha hecho leer de nuevo las **Meditaciones** del emperador romano Marco Aurelio (121-180, d. C.) con una observación generosa: "Ese tipo tiene mucho que ver con una forma de hacer política de la que tú participas".

A los lectores siempre nos gusta recomendar libros que se adapten a los que van a disfrutarlos; gozamos al excitar curiosidades que presumimos conocer, al promocionar un comercio de espíritus coincidentes del que nosotros, por pura obviada, formamos parte.

Los libros son una forma de ir por la vida tanto para los que escriben como para los que leen; un punto de apoyo que termina por esclavizar nuestro pensamiento y nuestra acción y, en cierta manera, por diseñar gran parte de nuestra existencia cotidiana y ensoñadora.

Mi amigo y cómplice lector ha debido pensar en mi debilidad a la hora de asociar política a reflexión y en mi simpatía por todos aquellos hombres —y las muy pocas mujeres: la historia del poder hasta hace muy poco tiempo, es una historia masculina— que supieron añadir a su acción pública, momentos de análisis y de especulación sobre sus pasos por el mundo.

Marco Aurelio fue de esos elegidos. Como lo fueron otros emperadores romanos, desde Julio César al tan conocido Adriano, como lo fueron Napoleón, Francisco de Miranda o Simón Bolívar, Winston Churchill o, más cerca de nosotros, Margaret Thatcher o François Mitterrand. A todos los he leído con respeto y de sus páginas me ha sido posible extraer muchas conclusiones excitantes.

En las páginas de la mejor biografía de Adriano, la escrita por Marguerite Yourcenar diecinueve siglos después de la muerte de aquél, se encuentran las mejores referencias que podríamos tener de uno de sus descendientes en los poderes del imperio, Marco Aurelio. Dice allí Adriano a través de Yourcenar: "Creo dar a los hombres la única posibilidad que tendrán jamás de realizar el sueño de Platón: ver reinar sobre ellos a un filósofo de corazón puro".

El Adriano de nuestra escritora enaltece algunos de los rasgos de la personalidad de Marco Aurelio, aunque de inmediato nos advierte de las diferencias que separan a sus respectivas concepciones de la vida y del poder: "Sospechas en mí —habla Adriano— una sabiduría opuesta a la que te enseñan tus maestros, ves en mí abandono a los sentidos, un método de vida contrario a la severidad de la tuya, y sin embargo paralelo. No importa; no hace falta que me comprendas. Hay más de una sabiduría, y todas son necesarias al mundo; no está mal que se vayan alternando".

Esas palabras de Adriano están recreadas por la literatura de nuestro tiempo y casi podrían hacernos pensar en su falta de autenticidad.

¿Serían capaces de hablar con tanta grandeza esos lejanos emperadores con las más intensas horas de sus vidas empleadas en guerras feroces y exterminadoras?

Si uno acude a las aludidas **Meditaciones** de Marco Aurelio (hay una buena edición de las mismas en la colección de bolsillo de Alianza Editorial), comprueba con la frescura deseada que el mundo recuperado por Yourcenar y por otros historiadores y biógrafos de los protagonistas de aquellos siglos, era una época excepcional de la civilización romana, donde la filosofía racionalista griega ejercía todo su prestigio en el Mediterráneo y su dimensión de ser recreada hasta límites insospechados (a mi amigo y admirado Ignacio Sotelo, siempre le gusta recordarnos que somos hijos de tres grandes magisterios: de la filosofía griega, del monoteísmo hebreo y del derecho romano).

El tomito de reflexiones de Marco Aurelio está vertido en doce "libros", en clave de aforismos, donde se habla tanto de la influencia ejercida en el autor por el entorno familiar y educativo como de todos los asuntos concernientes a un hombre público que no deja nunca de mirar a su interior.

La moral defendida por Marco Aurelio tiene una ascendencia clara en la filosofía estoica, la menos griega de las filosofías, ya que tuvo sus bases en Siria y su plenitud en Roma a través de un ministro, Séneca, un esclavo, Epicteto, y un emperador, Marco Aurelio. Según los estoicos, todas las cosas son parte de un solo sistema llamado **Naturaleza** y la vida individual es correcta cuando está de acuerdo con esa Naturaleza. En la vida de todos nosotros, la virtud es el único bien; no deben contar ni la salud, ni la felicidad, ni las propiedades, ni los lujos.

Esa severidad conduce a Marco Aurelio a plantear un ideal de política nada ajeno a nuestras actuales preocupaciones: "Una política en la que haya la misma ley para todos, una política administrada con vistas a dar derechos iguales e igual libertad de palabra, y un Gobierno real que respete, ante todo, la libertad de los gobernados".

Pero al margen de esos grandes mensajes, los soliloquios de Marco Aurelio contienen consejos muy útiles para cualquiera de nosotros. Uno de ellos apela a la tranquilidad de ánimo de todo hombre "bueno": "Lo primero, no te alteres. Pues todo es conforme a la naturaleza universal, y dentro de poco tiempo no serás nadie en ninguna parte, como tampoco lo son Adriano ni Augusto". Otro de esos consejos nos advierte del peligro de los juicios que solemos hacernos de las cosas antes de que éstas ocurran: "Si estás triste por algún factor exterior, no es él el que te perturba, sino el juicio que tienes acerca de él. Eliminar el juicio ya depende de ti".

Según Marco Aurelio, todo lo que nos acontece nos supera sin remedio: "Cualquier cosa que te suceda, ésa te estaba destinada a ti desde la eternidad, y el nexo de las causas tramó desde siempre tu sustancia y este accidente".

En la filosofía del emperador no faltan algunas reminiscencias cínicas: "Nadie tiene un destino tan bueno que al morir no se hallen a su lado algunos que se alegren del suceso".

De todo ese catálogo de enseñanzas, quizá lo que más nos aleja de Marco Aurelio es su fobia por todas las pasiones corporales y su miedo hacia todo lo sensible, dos tendencias humanas que a su estricto entender quedan fuera de toda racionalidad y de toda inteligencia, los dos instrumentos preferidos del modelo de hombre que él defiende.

Me cae más simpático Marco Aurelio cuando, como dijimos, nos pide calma ante cualquier adversidad, o aceptar la muerte como un hecho natural; cuando nos incita a deshacernos de reflexiones pesimistas que a nada nos conducen; cuando solicita una política que iguale a todos los seres humanos y nos anima a despreciar la maldad de nuestros semejantes y a vivir el presente con intensidad y sin preocuparnos por lo que mañana pueda ocurrirnos.

En cualquiera de los casos, todos esos pensamientos, compartidos o no, son el resultado de una sensibilidad cada vez más lejana de la tarea política tal y como hoy la entendemos. Vale la pena ese viaje al pasado para darnos cuenta de que el mundo de la actividad pública no fue en todo momento —como la superficialidad actual de nuestros mandatarios nos puede hacer creer; el "despotismo ilustrado", del que le gusta hablar a Antonio García-Trevijano— ajeno a las pequeñas obsesiones, debilidades y sentimientos de los ciudadanos.